

★ **Una trampa transatlántica** por Serge Halimi

Año XIV, número 150 • abril 2014

Edición chilena

Precio del ejemplar \$ 1.950  
Regiones I, II, XI, XII y XV \$ 2.200

LE  
**MONDE**  
*diplomatique*  
Aún Creemos en los Sueños

ÉTICA, PODER Y TERRITORIO

Nuevo libro  
\$2.950  
ÉTICA, PODER Y TERRITORIO

Estudiantes y movimientos sociales a la expectativa

# Los dilemas de Bachelet

**El rol del movimiento estudiantil**

por Melissa Sepúlveda

**La reforma educacional**

por Andrés Palma

**El gobierno y la confianza**

por Álvaro Ramis

**La herencia económica de Piñera**

por Hugo Fazio y Eugenio Rivera



Juan Castillo, Proyecto Rito de paso, 2013-2014 ([www.juancastillo.net](http://www.juancastillo.net))

**Plebiscito para una Asamblea Constituyente**

por Manuel Antonio Garretón

**-Francia entre bonapartismo y constituyente**

**-Ucrania y la obsesión antirusa**

**Textos sobre Venezuela, Perú, Camboya, Japón, Grecia, Hungría, Bosnia-Herzegovina, Argelia...**

## La necesidad de abrir un proceso para un nuevo ciclo

# Plebiscito para una Asamblea Constituyente

por Manuel Antonio Garretón\*

Cuando se habla de nuevo ciclo de la política en Chile se corre el riesgo de banalizar su significado identificándolo con cambios de gobierno o en la correlación de las fuerzas políticas. Si bien estos elementos suelen estar presentes cuando se abre un nuevo ciclo histórico, lo que define a éste es la aparición de una nueva problemática histórica y de nuevos sujetos políticos y sociales que se hacen cargo de ella. Dicho de otra manera, cambia lo que está en juego en la sociedad. Y en este sentido puede no haber una correspondencia entre un nuevo ciclo histórico y los actores gubernamentales o de oposición que pueden corresponder al ciclo anterior, es decir, la emergencia de un nuevo ciclo es paralela al agotamiento y término del anterior y ambos tienden a coexistir por tiempos más o menos largos.

En Chile se inicia un ciclo histórico en 1990 cuya problemática central era la democratización política luego de la dictadura y la superación de los problemas socio-económicos más flagrantes como la pobreza. El sujeto principal de esta problemática, como en casi toda la historia de Chile del siglo XX y el actual, era una coalición de partidos imbricados con actores sociales (la Concertación) y su tarea se realizaba a través del gobierno. En la oposición se ubicaban, por un lado, las fuerzas de apoyo político a la dictadura expresadas en la derecha y poderes fácticos (militares que más de una década después volverán a sus tareas, corporaciones empresariales, medios de comunicación, poder judicial en un inicio), todos los que gracias al sistema institucional heredado contaban con un poder de veto para evitar que se desmantelara la sociedad heredada de la dictadura. Por otro, aunque importantes en la lucha contra la dictadura y partidarios de la democratización política, sectores político sociales de izquierda excluidos del sistema institucional y que no compartían las limitaciones del proyecto democratizador de la coalición en el gobierno.

El balance de este ciclo que comienza a dar muestras de agotamiento, sin haber culminado el proceso de democratización, en los últimos gobiernos de la Concertación ha sido señalado múltiples veces. El país se transformó y modernizó, creció económicamente, mejoró la calidad de vida de su población, especialmente de sus sectores más afectados por las políticas de la dictadura, se amplió la cobertura de los servicios estatales, se superó en gran parte la pobreza. Pero la sociedad permaneció atada a la de la dictadura por dos grandes cadenas. La primera, el modelo socio-económico neoliberal, caracterizado por producir y reproducir desigualdades y segregaciones;

una enorme concentración del poder, la riqueza y la comunicación; y el predominio del mercado y lo privado en todos los ámbitos de la vida social por sobre el interés público, reduciendo y debilitando la acción del Estado. La segunda, un modelo político-institucional, consagrado principalmente en la Constitución impuesta por la dictadura en 1980, pero también en una amplia gama de normativas que se deducían de aquella, que reproduce el empate entre fuerzas de la dictadura y las fuerzas democráticas para asegurar la intangibilidad del modelo socio-económico. Los gobiernos de la Concertación corrigieron tanto el modelo socio-económico neoliberal como el modelo político institucional, pero no los superaron y en esa misma medida contribuyeron a consolidarlos. Y entretanto se fue erosionando también el sistema de relaciones entre lo político y lo social que había caracterizado a la sociedad chilena desde inicios del siglo pasado.

### Movilizaciones

Antes que terminara el ciclo de los gobiernos de la Concertación se anuncia un nuevo ciclo histórico con las movilizaciones de 2011 y 2012. Y ello porque quedan planteados una nueva problemática y un nuevo proyecto histórico, ilustrados en el campo educacional pero que abarca todos los ámbitos de la vida social (trabajo, modelo productivo, energía, inserción en América Latina, recursos naturales, papel dirigente del Estado, diversidad cultural, relación del Estado con las regiones y pueblos originarios, internacional): superar la sociedad post pinochetista en su dimensión socio-económica neoliberal y en su dimensión político institucional, para generar una sociedad integralmente democrática e igualitaria con predominio de lo público y estatal sobre el mercado en todos los campos y construir una nueva re-

lación entre lo político y social. Se trataba de dar el salto que casi todos los países de América Latina habían dado después de sus procesos de democratización política y que en Chile no había ocurrido.

Aunque el anuncio de un nuevo ciclo viniera por primera vez del mundo social y no del mundo político, era evidente que él no podría desencadenarse sin la intervención de este último. Con más o menos problemas, tanto los partidos de la Concertación, con un proyecto agotado, como el Partido Comunista, marginado hasta entonces de la institucionalidad política, entendieron, en el marco de las coyunturas electorales de 2013, la necesidad de generar una nueva coalición política de centro izquierda (la Nueva Mayoría) para ganar el gobierno y el Parlamento de modo de desencadenar efectivamente este nuevo ciclo. Sectores fuera de esta coalición también han mostrado su voluntad de participar en este nuevo ciclo histórico, aunque no está claro el modo como se integrarán. Desde la asunción de la candidatura presidencial y liderazgo de esta coalición Michelle Bachelet, a través de la campaña, en su programa de gobierno y en sus declaraciones como presidenta en los primeros días, ha mostrado su voluntad y decisión de encabezar el nuevo ciclo y no ceder a las presiones contrarias a ello desde la derecha, algunos sectores de la Nueva Mayoría y aquellos que desconfían de cualquier aspecto que venga de la institucionalidad política y de la política electoral.

Pero si bien las movilizaciones de 2011-2012, la formación de nuevas coaliciones partidarias, la elección presidencial y la abrumadora mayoría de Bachelet entre quienes votaron, la mayoría en el Congreso de su coalición de gobierno, el clima cultural consagrado en las conmemoraciones de los cuarenta años, la presencia de nuevos actores políticos y sociales, nos hablan al menos del término del ciclo anterior, no nos aseguran que efectivamente este produzca y desarrolle. El país puede caer en una fase en que todo sigue igual y en que cada vez más lo político y lo social se separen, se desconozcan o renieguen el uno del otro. Y ello se reflejará no sólo en indicadores socio-económicos sino en una degradación de toda la vida social.

### Terminar con la herencia dictatorial

¿Cómo reconoceremos que ya estamos en pleno nuevo ciclo histórico, caracterizado a la vez por la radicalidad de sus contenidos y por la coherencia de su implementación? En la medida que día a día vayan desapareciendo los rasgos de la sociedad heredada de la dictadura, en cuya superación consiste el nuevo ciclo, en que día a día disminuyan la desigualdad y el poder del mercado en los diversos ámbitos de la vida social y aumente el predominio de lo público, en que día a día se vaya transformando la institucionalidad heredada y en que día a día se vayan recomponiendo, a través de nuevas formas las relaciones entre lo político y social.

En esto el cumplimiento del programa de gobierno, la aprobación de leyes por el Congreso, el apoyo de los partidos y todas las fuerzas democráticas que no están en el gobierno, las movilizaciones de la sociedad, son indispensables. Pero no bastan para romper las inercias ni generar las confianzas de los que no creen en la política ni obligar a los poderes fácticos a aceptar la voluntad democrática.

A nuestro juicio, la prioridad de sentido, no necesariamente temporal aunque no puede dejarse pasar mucho tiempo sin que se diluya el clima favorable al nuevo ciclo, deben tenerla las nuevas relaciones entre Estado, política y sociedad que se establecen en una nueva Constitución. No cabe aquí volver a argumentar a favor de ella, porque todos sabemos que es la institucionalidad actual la que bloquea el traspaso al nuevo ciclo y nos mantiene encadenados a ciclos anteriores.

### El proceso constitucional

Más allá de la necesidad de una nueva Constitución, que parece ser consensual salvo para minorías recalcitrantes o para quienes desconfían de la política, hay que insistir en que ella es el eje vertebrador de todos los cambios. Pero no solo por los contenidos que se establezcan sino porque el proceso que lleve a ella es el único que puede asegurar la reconstrucción de la comunidad política y la identificación de la ciudadanía con el orden político institucional. Y en este sentido, no hay otra forma de llegar a una nueva Constitución legítima que una Asamblea Constituyente. Al mismo tiempo es la única fórmula que genera un espacio de encuentro entre el mundo social y el mundo político, entre lo institucional y lo participativo, permitiendo la rearticulación de sus relaciones y el respeto de sus autonomías.

Hay que reconocer que algunos sectores se oponen a una Asamblea Constituyente, otros se sienten alejados de esta idea, no porque la rechacen sino porque desconocen de qué se trata. En este sentido, lo que parece entonces más adecuado es llamar a la ciudadanía a pronunciarse sobre esta idea a través de un Plebiscito y concentrar las energías iniciales en reformas y movilizaciones que permitan un Plebiscito en torno precisamente a la cuestión de una nueva Constitución a través de una Asamblea Constituyente. No olvidemos que en el imaginario de los chilenos y chilenas existe el plebiscito como el gran instrumento para terminar con una dictadura. ¿Por qué no puede serlo para terminar con sus herencias después de más de 20 años de su término?

No habrá nuevo ciclo histórico, más allá de declaraciones y buena voluntad, sin desencadenamiento de un proceso constituyente como lo han tenido todos los países que han recuperado su democracia. ■

\*Sociólogo.  
Premio Nacional de Ciencias Sociales y Humanidades.